
Deambular / Hallar / Zigzaguear (Notas e intenciones para un paseo)

Miguel Ángel Ortiz Albero

Eludir las huellas de los demás. Borrar incluso las propias, y no mostrar el rostro, como recomienda Bertolt Brecht en su *Libro de lectura para habitantes de la ciudad*. O más que borrar, emborronar. Escribir, trazar la huella para, luego, *describirla*, como dice Roland Barthes. Y que ambos movimientos, el de hacer y el de deshacer, queden inscritos en el camino, haciendo de él un palimpsesto del trayecto, un reflejo de lo que también se desvanece a cada paso. Lo que haya sido consignado saltará en pedazos y se lo llevará el viento de las ciudades, ese viento que es lo único que quedará de ellas en un poema de Brecht.

*

Un único botín rescatado por Virginia Woolf de entre todos los tesoros de la ciudad: un lápiz. Un lápiz cualquiera, aunque necesario, convertido en mínimo pretexto, en sola excusa para ceder al deseo de caminar, para salir a la aventura de huir y deambular,

al gozo de abandonarse al viento de las ciudades. De entre todo, un único y venerado lápiz. Y aún más: que, en el camino hasta encontrarlo, la vista haya reposado tan sólo en la belleza.

*

Extraviarse de un modo decidido, como anota Peter Handke en uno de sus *diarios* de camino. Sólo así: con decisión de nada. E incluso no hacer nada, nada más allá del propio acto del extravío, como *hacen* los dadaístas cuando caminan hasta esos lugares que, según manifiestan, no poseen ninguna razón de existir. No intervenir, no dejar huella.

*

Sin método alguno, por supuesto. Porque, y sólo así, lo fermentado y lo polimorfo se agitarán ante los ojos, como así ante los de Léon-Paul Fargue, *peatón de París*, y habrán de turbar e intimidar siempre. El espacio ya es lo suficientemente activo y vibrante como para no tener que tomar ninguna decisión que no sea la de dejarlo todo para salir a las calles.

*

Que el impulso sea, sin más, un dato oscuro: saber que *allí* sucederá *esto*. Y lo que haya de suceder puede ser cualquier cosa, siempre y cuando uno se demore, sin volver jamás atrás, en el deslizarse y hundirse en la ciudad. Así, André Breton y su *Nadja*. Desvanecerse, perderse. Sin más.

*

E incluso, como único objetivo, ocultarse. Y gozar de la propia ocultación, sea uno *pintor de la vida moderna*, *hombre de la multitud* o habitante de las zonas intermedias. Tender al retiro y al no-ser, vagabundear por los vacíos blancos de los mapas, como Bruno Schulz vagabundea por esa casi inexistente calle de los Cocodrilos. Avanzo ocultándome, dice Descartes.

*

Nada tiene remedio. Mejor así: si nada lo tiene, puede andar uno como si nada. En ese estado de despreocupación, Pessoa construye, al ritmo de sus pasos, frases perfectas que después no habrán de ser recordadas en casa. Un devaneo absoluto en el que abdicar de la acción. O convertirse en los alrededores de una ciudad que no existe.

*

Leer, como Perec, las calles hasta que el lugar se haga improbable. Sin más. Y si el lugar se lee, como sugiere Barthes, según la memoria del cuerpo, tal vez también el cuerpo se haga improbable en el paseo.

*

En la lentitud, no perseguir ni siquiera la belleza. Que vaya a nuestro lado, como Robert Walser del brazo de su amigo Carl Seelig. Y volver a casa enriquecidos, maravillados, y saber que los demás así nos ven. Que nos vean, que nos vean pasear del brazo de la belleza.

*

Sembrar silencios. Y esperar que durante el paseo se cumpla un sueño, uno cualquiera, del que lo trazado después en los papeles no sea sino un rastro laberíntico. A la manera de Walter Benjamin. Y, sobre todo, y también como él, y con él, no buscar las grandes reminiscencias ni los escalofríos históricos sino interesarse por el tacto de una sola baldosa o por el olor de un solo umbral.

*

Abandonar, con Guy Debord, cualquier razón que pueda motivar el movimiento. El acto es ya la obra. La provisionalidad y la inmediatez del obrar son esenciales. Toda la energía debe ponerse

en reinscribir la pasión en lo cotidiano, en el deambular de cada día. Y eliminar el trazo a favor del hecho de trazar. Jugar, recorrer, participar.

*

Moverse impulsado únicamente por la distracción, por el ausentarse de sí mismo. Ser nadie, como dice Sergio Chejfec. Mejor poner a prueba los mapas, sugiere, caminar solo y hacia destinos alejados, inaccesibles, inalcanzables. O dejar, sin más, las marcas de la propia ausencia, del desaparecer por entre lo más cercano.

*

Cierta propensión ilícita hacia lo inarticulado, en palabras de Thomas Mann, es lo que mueve a Aschenbach a desvanecerse por entre los canales y callejas de Venecia. Caminar y desaparecer, sin llegar, jamás, a poseer las calles por las que se deambula.

*

Caminar, en ausencia de certezas, sin rumbo.

*

Ojalá que la mirada resbale desde lo que existe hasta, en el suelo, la sombra de esa existencia. Ojalá que la sombra sea más fuerte que aquello de lo que es proyección. Ojalá que los pies recorran esa *terra incognita*, ojalá reposen en esa imagen umbría que jalona los trayectos.

*

Basta, por toda sabiduría, con ser lanzado hacia la periferia, con ceder al extravío por los arrabales. Paseante excéntrico, se diría. Silencio, destierro y astucia como armas, como las que son las armas del adolescente Stephen Dedalus.

*

Y si hubiese que tener algún objetivo en el zigzaguo, que sólo sea el de recuperar lo que se desvanece.

*

Al margen, siempre, de cualquier plan orgánico, es necesario atender a los acercamientos súbitos, a las pasmosas coincidencias, a los resbalones que trascienden nuestro entendimiento, como así proclaman los cantores callejeros Soupault y Breton. O ceder a esos rodeos en los que, sin más, se juega el juego de hacer dulce el susurro de las hojas. A la intención debe sustituirla el azar, dice Susan Sontag. Y es que al paseante, añade Sontag, no le interesan las realidades oficiales de la ciudad, sino lo oscuro, turbio y olvidado, el descubrimiento de lo inesperado en esos paisajes de extremos voluptuosos.

*

Bastaría con tomarse tiempo, con mirar a quienes andan sin prisa, con vislumbrar los hechos que no se producen, bastaría con esperar. Bastaría con, torpemente incluso, pero con aplicación, ponerse en camino para llevar a cabo cualquiera de los trabajos prácticos propuestos por Georges Perec. Bastaría con saberse transeúnte que aminora la marcha.

*

Si todo está vacío, el poeta activo y fecundo podrá entrar. E incluso decidir no hacerlo. Si todo está vacío, sí, si los versos no son otra cosa que apertura del silencio. El vacío es, dicen, ebullición e impulso. Y sólo así, a la manera en que reescribe sus pasos Louis Aragon desde el Pasaje de la Ópera Onírica, alguien, en adelante, escribirá para borrar sus pasos, para escribir que escribe desde la fragmentación y la borradura, para afirmar que narra desde y hacia el vacío.

*

Vagabundear con María Zambrano por los arrabales de la razón.

*

El *escritor ambulatorio* rechaza lo que petrifica irremediabilmente, lo habitual, recorre los trazos serpentinos del suelo, camina lo escrito y escribe lo caminado, consigue que el hallazgo, cualquiera que sea, resplandezca, como, tras el paseo, resplandecen las anotaciones de Cortázar en el *Diario* de Andrés Fava.

*

Poner cara de buscar con premura, aunque no se busque absolutamente nada. Pero tan sólo para no llamar la atención de los demás, para no parecer ocioso. No detener en nada la mirada, pero de manera que los demás piensen que se mira con atención. Caminar, como los otros, deprisa, pero nada más que para constatar el plomo que lastra los pies de aquellos que a uno lo observan con gesto de desaprobación. Compartir, con las piernas de Simon Tanner, el júbilo del más pequeño hallazgo. Ser el Simon Tanner de Robert Walser, buscar lo flotante, lo no controlable, lo abisal.

*

Conseguir, como Julio Ramón Ribeyro, que, pese al helado viento que barre las calles, un rostro con el que nos cruzamos, el vuelo de un pájaro, un árbol al atardecer o el empapelado de un muro se mantengan imperecederos y memorables, sigan vibrando en nosotros y alimenten el poema. Y saber, como Orhan Pamuk, que se hará algo con las huellas retenidas en la memoria, sea una postal antigua, una ficha de teléfono retirada de la circulación o un trozo de ladrillo desprendido de una pared milenaria. Deambular sin objetivo, hacer que la vibración perdure, retener la memoria. Y permitir que todo lo encontrado durante el paseo encuentre más tarde su lugar en la casa, que los objetos encuentren su sitio o que

deambulen de una habitación a otra de la mano del paseante. Que echen o no amarras es lo de menos.

*

Volver de vacío, pero respirar blancuras, sospechar posibilidades, volver al comienzo. Como Gómez de la Serna, sin peso y sin nada, tras uno de sus *paseos epilogales*.

*

Andar, con el *deambulante* de Tabucchi, y como él, sin lógica y sin rima.

*

Aunque no haya final, nos dice Octavio Paz, es necesario caminar sin más, caminar *al encuentro de*, dejar que el camino se disipe en la escritura, que la escritura se disipe en el camino. E ignorar el significado de las frases elegidas para decir tal cosa.

*

Quien camina se convierte, con su cuerpo y movimientos, en la grafía de un texto que escribe y reescribe la ciudad. Sus pies construyen frases. Y, sin embargo, dice Michel de Certeau, su propia acción le impide leer ese texto. Poesía inconsciente, añade. Tejería en la que la huella sustituye a la práctica: como ese artista belga, Alÿs, que camina a la vez que su jersey se va destejiendo hasta quedar desnudado por el propio andar, haciendo, al deshacer, el hilo de su narración, la escritura de su deambular.

*

Atender, en cada paseo, y como Barthes, a la heterogénea sucesión de *incidentes*: un sonido, un gesto, una luz, el ambiente, los colores, las gentes... Fundirlo todo en cada paseo, a sabiendas, eso sí, de que ese paseo sólo podrá volver a repetirse como diferencia: combinatoria única, la del acto y el momento irrepitible. Y el *hacer algo* sin hablar de ello. Acaso sobren las palabras escritas.

*

Caminar durante trece horas para llevar agua recogida en la desembocadura de un río y verterla en la cabecera de su nacimiento. Un recorrido continuo, *Continuum Walk*, de Richard Long, para el que no hacen falta más palabras.

*

No sentirse atraído por la luz, sino saberse empujado por la sombra. Julien Torma, ese patafísico que desaparece tras no regresar de uno de sus habituales paseos por la montaña, ama también, y lo dice, los incidentes, lo fortuito, el zigzagueo, las calles sin salida y los baldíos sin caminos. Empujado por la sombra no busca de no haber encontrado, acaso porque, como dice Pascal, para los que desean ver hay luz suficiente y la suficiente oscuridad para los que mantienen una disposición contraria.

*

Lo difícil no es encontrar sino incorporar lo que se encuentra. Pero uno no retiene ni lo mejor ni lo peor de aquello que halla en su vagabundeo, porque tan sólo queda lo que haya podido quedar. Mejor la expectativa, el instinto para encontrar el camino al girar las esquinas en el vacío. Y, sobre todo, el ansia de no ser un fragmento de multitud. O, sin más, encontrarse con Monsieur Teste o con Paul Valéry o con ambos. Y sí, ya se incorporará el encuentro, ya.

*

Lo que se encuentra es.

*

Sumergirse en la ciudad para reencontrarse, incluso en los márgenes, con lo bien conocido: el mostrador de un bar, la puerta de un cine, un rincón cualquiera. Perderse cerca, muy cerca. E incluso

así, encontrar el desarraigo, gozar de él. Huronear, siempre, por los intersticios.

*

Camina mientras tengas luz, escribe Juan, el Evangelista, con temor a que te alcancen las tinieblas, porque quien anda entre tinieblas no sabe a dónde va. La oscuridad retrocede ante la luz artificial, la noche pierde su encanto y el alba se oculta, parece replicarle Gilles Ivain, el Letrista. Es preferible que el sueño se erija sobre la realidad, es preferible perderse en la tiniebla, soñar en ella y con ella. Y aburrirse en la ciudad para caminarla con paso renovado.

*

No elegir, no perder, no pintar, no esconderse, no gritar, no hacer, no caer, no contar, no preguntar... todo ello mientras se está caminando. No lo repetiré, dice el artista Francis Alÿs, no lo recordaré. Para ello, o por ello, se calza unos zapatos magnéticos a los que se adhieren, durante el paseo, azarosos residuos metálicos. O deambula con una lata de pintura perforada dejando un trazo, una huella de goteo, hasta colgar, finalmente, la lata vacía en una pared de la sala en la que expone. O hace algo que no lleva a nada, como empujar un bloque de hielo por las calles, durante horas, hasta su disolución absoluta. Pero también, dice, el no hacer puede llevar a algo. El no hacer. No lo repetiré, no lo recordará. Todo es provisional, escribe.

*

En un garbeo lento por la ciudad, escribe Jean-Paul Clébert, vagabundo y errante parisino, no hay otra cosa que ver que la poesía en estado bruto, poesía de las piedras, de los adoquines, de los tejados, de los árboles inesperados, de los callejones sin salida y los patios interiores, de los solares y las cantinas. Él serpentea hasta el infinito con descaro. Vagabundea para detener la mirada

en cada resquicio de la ciudad inagotable. Tan sólo es necesario ser poeta o vagabundo, vagabundo o poeta. Tan sólo.

*

Jamás arruinarse y secarse miserablemente encerrado en casa. Pasear: recibir informes; hacer observaciones; contemplar; abrir los sentidos; sentir los acicates de lo que es digno de ver y sentir: un gorrion, una nube, un arbusto, un desechado trozo de papel abandonado en el camino. La mirada de quien pasea, olvidado de sí mismo, vaga y se desliza desinteresadamente por las cosas más elevadas y por las más bajas. Parar, detenerse y escuchar. Y saberse uno arrebatado, como Robert Walser.

*

Ser todo ojos y todo oídos. Ser búsqueda. Y encontrar, a la manera de la niña Lucie, la de Peter Handke, la del bosque *con estas cosas de abú*, más cosas que el padre. Saber buscar o encontrar de un modo casual. Mirar a lo grande: el hombre que quiere ser descubridor piensa a lo grande, pero la niña que descubre mira a lo grande. Y encontrar en la piedra, la hoja, la raíz o el musgo aquello que no se buscaba. Y llenarse con ello los bolsillos para el regreso.

*

Un peregrino, anota Anne Carson en las distintas páginas de su cuaderno de viaje, es alguien que ama un buen enigma, que se pregunta constantemente, que halla en el camino el verbo correcto, alguien a quien le cuesta un tiempo largo cruzar la cabeza de un alfiler, a quien le suceden cosas que sólo suceden una vez, alguien que no necesita de una ciudad de oro a cada recodo del camino.

*

Extraviarse siempre. Por entre un laberinto de ladrillos, la *voz 5* (*muchacha*) proclama que nadie tenía en cuenta el porvenir. A lo

que la *voz I (speaker)* añade que todo lo que faltaba era experimentado como irreparable. Alrededor del barrio, dice Guy Debord, por boca de otra de esas voces de uno de sus *films*, se extiende una ciudad a medias conocida donde la gente sólo se encuentra por azar, extraviándose irrevocablemente.

*

Caminar hacia, en el horizonte, cualquier *terrain vague*, cualquier lugar olvidado y vacío. Y exaltar, flaubertianamente, lo vago. Ralentizar el paso y dejarse invadir por la añoranza duradera de los *caminos de la ausencia*, esos caminos que reescribe Peter Handke, caminos llenos de restos de casas, fragmentos de zócalos y muros de ladrillo, azulejos, umbrales, puertas, letreros que sobresalen de la tierra en forma de aristas, puntas o esquirlas. Y por esos terrenos, por todos esos caminos en los que la ausencia bendice, añade Handke, por esos baldíos en los que el deseo es indomable, moverse en zigzag, o a saltos, y mirar largo tiempo todos y cada uno de esos fragmentos, hasta que lo más ínfimo se nos haga interesante.

*

Deambular como un *Saunterer*, un *sans terre*, y ser un tímido cruzado, a la manera de Thoreau, uno de esos caminantes que no emprenden, qué necesidad, ninguna perseverante o interminable empresa. Sólo girar y girar, saber que la mitad del camino es volver sobre los propios pasos. Eso sí: volver sobre lo propio, pero no desandar nunca jamás.

*

El paseo habría sido encantador si sólo existiese el camino. Pero para el Wolfram de Ernst Jünger, la escuela, al final del trayecto, proyecta su oscura sombra sobre todo el camino. El niño que es puede extraviarse si presta demasiada atención a los pájaros que reposan en la orilla, al sol. Prefiere, de hecho, extraviarse, porque lo

más importante es, para el niño, el camino, sus matorrales, la orilla cenagosa del lago, las espadañas y los lirios. Cuando el niño llega a casa, a la vuelta del paseo, despliega lo que llama su *panorama*: una representación en miniatura del parque que recorre cada mañana, una imagen reinventada del camino diario sin la sombra de la escuela. Para ello, el niño recoge hojas, guijarros, hierbas, arranca pedazos de una esponja, jirones de un sombrero, recorta imágenes de viejos catálogos encontrados. Todos esos hallazgos del paseo conservan su belleza guardados en una caja, pero brillan más puestos en escena, reconvertidos en el imaginario camino del *panorama*. Desperdicios, le dicen sus mayores. Qué más da, pensará él, de seguro y siempre, que para vosotros, mis mayores, sean desperdicios.

*

Ay, si, como dice Shakespeare, todo terminase una vez hecho.

M. Á. O. A.